

AGOSTO



EL VERANO DEL CORONA VIRUS

La pandemia del corona virus que todavía estamos soportando pareció darnos una tregua en verano, cuando era posible salir de casa aunque fuera con un horario. Tregua que, desafortunadamente, nos hemos tomado con demasiada ligereza. No olvidaremos nunca el largo y extraño mes de **AGOSTO** de 2020, cuando nos daba miedo viajar y quedar con los seres queridos, y sin embargo seguíamos viviendo, que vivir es arriesgarse.

La sensibilidad de los escritores, los artistas y los creadores en general ha producido numerosas y emotivas muestras en torno a esta pandemia.

Hemos seleccionado un poema de **Alfredo Gómez Gil**, Director de la Tertulia Poética del Casino de Madrid; un paseo por el Retiro, emblemático lugar para quienes

pasamos el confinamiento en Madrid, redactado por la escritora y economista madrileña **Teresa Álvarez Olías**; y la personalísima experiencia de la profesora y trotamundos, **Teresa Vidachea Solís**, durante su no confinamiento en México.

PROHIBICIÓN. Alfredo Gómez Gil.

La gente tiene derecho
a no querer morir asesinada.
No importa que los hombres
tengan aires de Cristos
Se han dejado la barba
lleven largos tatuajes
No importa.
Quizás su misión sea
madurar como frutos
como rubias mazorcas.
No importa que en el cosmos
naveguen corazones
ni las orugas de la tierra
en huelga se declaren
No importa.
La gente no ha nacido
para que la asesinen
pero la están matando
a cientos, a millares.
Pero eso sí:
tan prohibido está
suicidarse
como denunciar
al asesino.

Madrid, 19 de abril de 2020

Agradecemos al poeta y profesor Gómez Gil su generosa colaboración. Quien lo desee puede escuchar al autor recitando el poema en el siguiente enlace:

<https://www.youtube.com/watch?v=TwickZ4gA10&feature=youtu.be>

UN REFUGIO CONTRA EL CORONAVIRUS EN MADRID: El Parque del Buen Retiro.

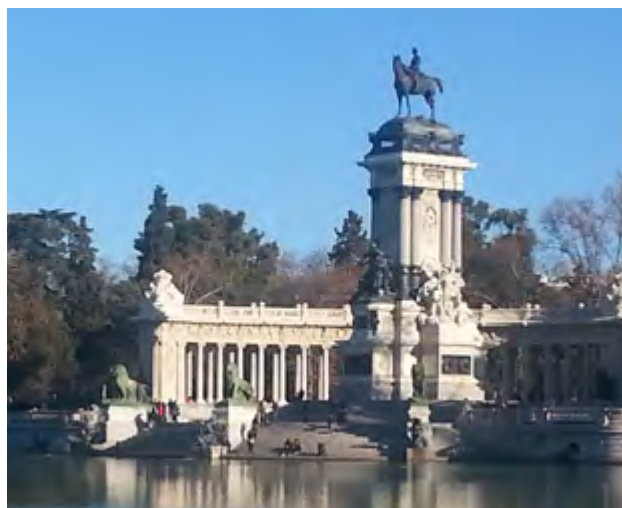
Teresa Álvarez Olías

En los tiempos que vivimos, los parques urbanos se han convertido en el espacio ideal para la convivencia de paseantes -algunos con sus perros-, corredores, bicicletas, patines, tablas... El parque del Retiro casi murió de éxito el 25 de mayo, primer día que abrió sus puertas tras el cierre por confinamiento, debido a la enorme afluencia de gente ansiosa de disfrutar de sus avenidas, sus fuentes, su vegetación, sus salas expositivas y sus chiringuitos, aunque no todo estuviera abierto. Teresa Álvarez Olías nos ofrece un completo reportaje para conocer mejor este emblemático parque madrileño.

El palacio del Buen Retiro de Madrid fue diseñado por el arquitecto Alonso Carbonell (1590-1660) y construido por orden de Felipe IV como su segunda residencia y lugar de recreo. Fue también el hogar esporádico de Carlos II y de Felipe V, que habitó en él compartiendo el año con los palacios de La Granja, El Pardo y Aranjuez, en especial tras el incendio que destruyó el Real Alcázar en 1734. La guerra de la independencia alojó en su entorno a las tropas francesas y destrozó muchas de sus estancias, a lo que también contribuyeron las termitas y el deterioro de sus materiales, de mala calidad. A finales del siglo XIX se demolieron algunas estancias por inminente ruina y hoy solo quedan del regio inmueble el Casón del Buen Retiro y el Salón de Reinos, que hasta 2007 fue sede del Museo del Ejército. Lamentablemente, se vendieron diversas hectáreas de sus jardines y en la actualidad dos calles, la de Alcalá y la de Alfonso XII, con sus respectivos tráfico rodados, acortan la extensión de sus zonas arboladas.

El Retiro es, sin embargo, hoy en día, el gran parque de Madrid, y corresponde a los jardines del antiguo palacio real. A él acuden parejas, familias, deportistas, turistas, emigrantes, artistas y paseantes de todas clases. Detengámonos en sus lugares más emblemáticos.

El estanque, salpicado de barcas de remos de alquiler, imitando las naumaquías



de los tiempos de Felipe IV, donde los fuegos artificiales y la cartelería del máximo nivel artístico hacían las delicias de la nobleza y la casa real. Es posible también viajar en una barcaza a motor que recorre lentamente el perímetro del estanque, presidido en su zona oeste por el monumento a Alfonso XII, erigido en el siglo XX, de gran valor artístico y en cuyas escalinatas la juventud se reúne para cantar y hablar en idiomas de todas clases.

El templete de música, cercano a la boca de metro de Retiro, todos los domingos, a las 12 horas ofrece, por parte de la banda de música municipal de la ciudad, un recital maravilloso de melodías clásicas y actuales, ante una concurrencia inmensa y maravillada.

El palacio de cristal, construido a finales del siglo XIX, en el mejor estilo modernista,



de hierro y cristal, alberga distintas exposiciones itinerantes y se refleja sobre un pequeño estanque, cuyas aguas surcan cisnes y patos alrededor de un surtidor artificial, vertical, de gran porte.

El bosque de los ausentes, de reciente construcción, recuerda emocionadamente a los muertos del 11 de marzo de 2004, donde tres trenes explotaron en Madrid por actos terroristas. 191 árboles recuerdan a las víctimas de aquel día en una colina situada en la zona sureste del parque.

El Paseo de estatuas de reyes españoles, situado muy cerca de la entrada que mira directamente a la Puerta de Alcalá, construida por Carlos III.

Las numerosas fuentes ornamentales ubicadas en rotondas y confluencias de paseos, destacando la de la alcachofa y la del diablo, levantada a 666 metros sobre el nivel del mar, en un número fatídico y demoníaco.

La Biblioteca municipal Trías Beltrán, construida sobre estancias anexas al antiguo palacio y ubicada muy cerca de la entrada oeste, junto al metro de Ibiza, donde los estudiantes pueden disfrutar de una deliciosa lectura mirando los jardines floridos y los árboles frondosos.

El Centro cultural Casa de Vacas, cuyo nombre nos recuerda las jaulas de animales exóticos que los Borbones gustaban de conservar desde el siglo XVIII, e incluso el zoológico que se ubicó en ese lugar durante varias décadas del siglo XX. En dicho centro cultural se suceden las exposiciones pictóricas, las conferencias sobre historia y los cursos de distintas actividades.

Los Jardines de Cecilio Rodríguez, contruidos en el siglo XX, de factura rectangular, con un estanque alargado, en el que viven en libertad majestuosos pavos reales, que gritan esporádicamente, maravillando a los visitantes.

Los diversos y variados Jardines: El Campo Grande, el Jardín Francés, de los

Planteles, de los Vivaces, del Parterre, de la Chopera, etcétera, poblados de esculturas, fuentes y parterres cuidados con esmero, con escalinatas dobles, adornadas de flores, y sendas botánicas de indudable valor histórico y científico.

Los árboles de muy distintas especies, incluyendo el ejemplar más antiguo que se conoce en la ciudad, tratado con especial mimo por los jardineros del Retiro y que data del siglo XVII.

Las zonas de juegos infantiles, con columpios para niños y mayores, a donde acceden los escolares y los abuelos en las tardes de sol y mañanitas claras, que en Madrid son la norma, bajo un cielo velazqueño casi siempre azul.

El Antiguo Paseo de coches, que se convierte en una vereda de patinadores y ciclistas, y que durante tres semanas del mes de junio es la sede del Feria del Libro, donde autores y lectores ansían presentar, comprar y contemplar las miles de novedades literarias que se crean en nuestro país, de fama mundial en el mercado editorial.

El espacio para títeres en una pequeña casita con horario de fin de semana para diversión de los más pequeños; aunque los mimos, los cantantes y los músicos espontáneos son moneda constante en todas las zonas del parque, en especial las más transitadas, las que rodean el Estanque.

Las terrazas donde se puede tomar horchata, cerveza, té, café y cualquier combinado apetecible. Encontramos junto a ellas policías a caballo y a pie, familias paseando a sus bebés en cochecitos y parejas enlazadas.

Las puertas de entrada al parque son todas de hierro ornamental, adornadas con maceteros floridos, y por ellas entraron no solo las tropas vencedoras en las distintas guerras, sino también las futuras reinas de España, casi siempre extranjeras, recibidas por un pueblo entusiasta, que sembraba de pétalos de rosa las calles, al

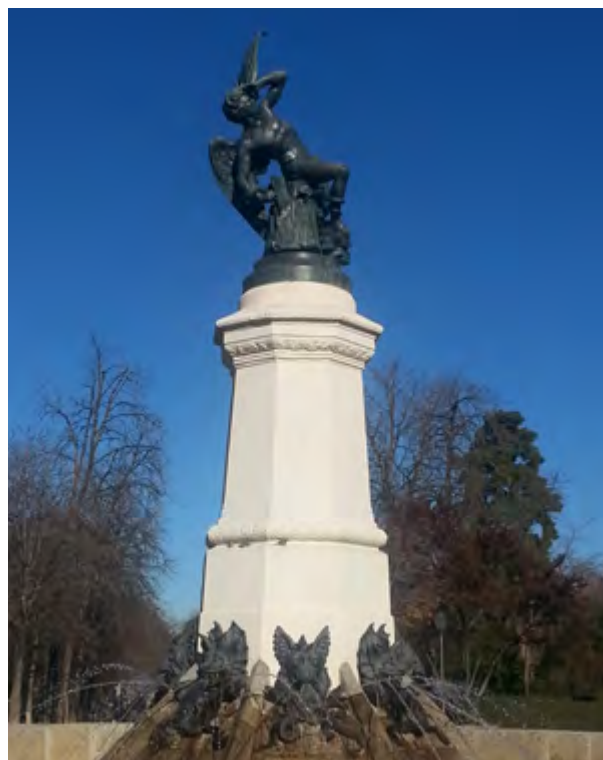
paso de las carrozas. Estas emblemáticas puertas de acceso reciben diversos nombres: la del Ángel caído, la de Mariana de Neoburgo, la de Murillo, la de España, la de la Independencia, la de Hernani, la de Lagasca, la de Madrid y la de O´Donnell.

Las sendas para deportistas y ciclistas que de la mañana a la noche suben o bajan cuestas, dando ejemplo a los tranquilos viandantes y ciudadanos que leen y observan en los bancos de madera. Las zonas intrincadas donde se intercambian cromos de todas las colecciones, se extienden manteles para merendar los domingos y las familias se aposentan para pasar el día en compañía de otras familias amigas.

La Rosaleda, un espectáculo de rosas de decenas de especies locales y extranjeras. en todo un espectro de color y matices, que los jardineros consiguen con una dedicación continua. Un jurado elige la mejor y más original rosa cada año.

El paisaje humano del Retiro es variopinto, pues se encuentran policías a caballo y a pie, parejas homosexuales y heterosexuales muy enamoradas, grupos de adolescentes en patinete, discapacitados en sus sillas de rueda mecánicas, paseantes de perros de todas las razas, turistas occidentales y orientales en grupo o en privado, clases de colegiales en visita escolar, tours similares deteniéndose en explorar especies arbóreas y avícolas, escritores y pintores solitarios, vendedores de libros propios y ajenos, kioscos de bebidas, poetas e incluso grupos de teatro, de tuna o de bailes regionales, así como de cómicos que provocan las risas más estentóreas, y no faltan tampoco fieles de las más diversas sectas religiosas invitando al público ocioso a conocer su doctrina.

En el Retiro, por supuesto, se venden helados, globos, frutos secos y barquillos y conviven especies animales propias de bosques como ardillas, gorriones, cotorras y también propias de estanques ciudadanos como lucios, patos silvestres,



Fuente del Ángel Caído

cisnes y toda clase de gatos en libertad.

Los árboles del Retiro llevan escritos muchos nombres de parejas en sus cortezas y algunos han escondido secretos bélicos e incluso pequeñas fortunas, y no son pocas las novelas que contienen capítulos cuyos protagonistas se reúnen en El Retiro para verse en clandestinidad, para iniciar un negocio, para prepararse para la guerra o la revolución, para declarar su amor, para decirse adiós definitivamente, para pasear a los hijos de sus señores, para encontrar novio o novia y cómo no, para contarse las penas diarias, que no acaban nunca.

Personalmente me gusta el parque del Retiro al amanecer, cuando el sol saca reflejos dorados al agua estanque y el silencio se extiende manso y dulce por el mundo, que aún se está despertando, y también me encanta pasear por sus senderos en otoño, cuando las hojas pardas, caídas suavemente, alfombran nuestros pasos, anunciando un futuro prometedor, solidario y frondoso.

**SABORES, MIRADAS Y SENTIMIENTOS.
UNA ESCAPADA EN TIEMPOS DE**

PANDEMIA. Texto y fotos: Teresa Vidaechea. México, 2020

-Vayamos al mercado, que todavía hay tiempo- propuso Carlos.

Allí nos esperaba un cubo amarillo intenso, desbordado hacia afuera por grandes arcos y robustos pilares de ladrillo, con puestos de flores de todos los colores imaginables, dispuestas en escalera, seguidos por otros con objetos de cerámica, tarros de cristal de mil tamaños y formas, máscaras de madera pintada, rebozos, vestidos bordados, cestas, bolsos de paja, frutas, verduras, carnes y pescados o café tostado de los Altos, a lo largo de los cuatro lados del cubo; una exhibición que sigue al interior en amplios y bulliciosos corredores. Junto a los arcos y entre mostradores, bares y puestos de comidas, con banquetas o taburetes, mesas improvisadas de floridos manteles, cuencos repletos de salsas y fuentes con guisos y ensalada. Colores y aromas invitan a quedarse, pero es sobre todo el pueblo que vende, compra, platica y disfruta, el mayor espectáculo del sitio.

-Mira, ven afuera- me dice Juan llevándome del brazo-; olvidé enseñarte mi puesto preferido.

Y me encontré en una esquinita con una mujer indígena, sentada en una banqueta, el cabello recogido, cubierta con un rebozo y ensimismada bajo una expresión dulce

y paciente. A sus pies, sobre un paño extendido en el suelo ofrece su mercancía: el jaguar, representado en unas figuras de cerámica con un realismo impactante: tumbado, apoyado en las patas traseras, levantado y al acecho; sereno y casi dormido o despierto, tenso y a punto de atacar, con un ritmo hermoso creado por líneas curvas que encierran su cuerpo. Nada es casual, desde cualquier ángulo se siente el filtro de una mirada experta que capta lo esencial y elimina lo anecdótico. Pintadas en blanco y negro, las más finas, otras en negro y marrones, son de una pasta delicada, hecha a base de papel, barro y clara de huevo o vaya usted a saber.

-¡Preciosas!- le digo a Juan admirada, sin dar crédito a lo que veía-. La verdad es que lo último que me pensaba comprar era un jaguar; pues van a ser dos.

-Ya sabes- me dice Juan, que ha sido, y lo sigue siendo, el animal sagrado, el totem por excelencia de los pueblos de Chiapas; prácticamente extinguido en esta zona, para verlo hay que adentrarse en las profundidades de la selva.

-Señora -dirigiéndome a ella- ¿las hace usted estas piezas?.

-No, mi hijo y mi nieto; yo ya no puedo trabajar con estas manos - y abriéndolas me las muestra completamente hinchadas y deformadas por la artritis.

-¿ Cuánto vale?- le pregunto señalando una excelente, de tamaño mediano.

-Veinte pesos y la más grande cuarenta y cinco.



"Veinte pesos, ¿cómo es posible?", pensé. "24 suman un euro. ¿Cómo pueden vivir? Es un escándalo de precio, por lo bajo".

-Deme dos medianas, por favor. Quédese con el cambio.

Y le di un billete de 100 pesos -que no era tampoco nada-.

-No sé si voy a tener que regalártelas o dejártelas en depósito- le digo a Juan, porque las veo muy delicadas para llevarlas en el avión, y además no tengo sitio en la maleta.

-Muchísimas gracias, señora

-Gracias a usted le respondí.

-Como todas las que comprenden hagan lo que tú se van a poner los jaguares por las nubes- me dijo Juan riéndose-

-Qué vergüenza de precios... Explícame cómo pueden vivir.

-Ni yo lo entiendo. Viven con lo mínimo, al borde de la supervivencia. Con suerte la familia trabaja algunas tierras ejidales y con eso se alimenta, aunque ya ves que no tiene un aspecto muy saludable...

-Lo tremendo es que no se da cuenta de lo que está vendiendo. Ni tiene idea del valor del dinero, ni de lo que podría sacar y seguramente saca, el que se lo compra y lo vende en un mercado de Nueva York. Mira, yo con estas cosas me pongo mala, es lo que peor llevo de este viaje. La pobreza de los indígenas.

-No todos son tan pobres- me dice, y deduzco que no solo por animarme-. Hay una realidad muy diversa. Ya lo irás viendo... ¡Venga, venga! -dice apretándome el brazo con cariño- a ver si ahora te vas a deprimir. Vamos a comer y a dejar dinero al pueblo chiapaneco.

Vimos a Carlos que nos esperaba en un puesto de verduras, en animada conversación con la vendedora; hablaba con fluidez una lengua indígena de la que yo no lograba entender ni una palabra.

-¿No me digas que además sabes lenguas indígenas?-

-Claro, yo hablo Tzotzil, la lengua de mi madre, que me enseñó de pequeño

y con la que me comunico con toda la familia materna.

-Esta señora también la habla, es una de las lenguas que proceden del maya .

-Vamos, que además eres un maya de pura cepa.

-Algo me quedará, digo yo, por parte de mi madre; en cualquier caso de ser, sería más bien un ladino (hijo de español e india)- me corrige riendo.

-¿Y en tu casa qué habláis?- le pregunto interesada-

-Hablamos las dos lenguas con naturalidad, preferiblemente el español cuando está mi padre que entiende la lengua Tzotzil pero no es capaz de hablarla bien.

-Bueno. no te extrañe, es una situación bastante normal en Chiapas -dice Juan-. Se reconocen doce lenguas indígenas aunque se hablan muchas más. Mi madre hablaba chol, que es también una lengua que viene del maya, y en cambio mi padre nunca lo habló como le sucede al padre de Carlos.

-¿Y tú la hablas?

- Por supuesto, aunque llevo años que apenas la practico, desde que murió mi madre, hace ya tiempo. ¿Qué os parece si nos sentamos aquí que conozco al cocinero?- nos sugirió Juan a los dos, encantados con la idea de sentarnos a tomar algo en un lugar auténtico y de confianza. Enseguida se acercó un chico que no tendría más de 15 años.

-¿Qué nos recomiendas, Hector?- le preguntó Carlos con familiaridad-. Tiene que estar muy bueno, porque te traemos a una amiga española y tenemos que quedar bien con la madre patria- comentó en tono de broma -y haz el favor de explicar lo que llevan los platos para que se entere bien- lo que no resultaba nada fácil.

-Hoy están muy ricos los cochitos al horno -contesta embalado-, con carne de puerco hecha en el mismo consomé, rabanito, cebolla, limón y hierbas. También los tamales de mole y de chipilín, y los tradicionales de aquí con plátano, huevo, pollo y yuca; les aconsejo que prueben una empanada con queso

chiapaneco y las quesadillas variadas. Y de postre, algunos dulces recién hechos. La fruta es toda fresca de hoy.

-¿Qué os parece si pedimos un plato de cada para probar los tres un poco de todo?- plantea Juan-

-Por mí de acuerdo- se apunta Carlos.

-¿Pero no es mucho?-me atrevo a decir asustada con tanta comida, pensando en lo que me esperaba.

-Para nada -dice Carlos-, hay muchos platos más que podemos pedir luego si te apetece- me dice provocándome-. Si no puedes con todo no te preocupes, que nosotros nos encargamos.

-Siendo así, me parece estupendo.- respondí aliviada-

-Pues ya has oído, un plato de todo lo que sugieres más una jarrita de pozol para que lo pruebe la señora y tres cervezas de momento- dice Juan que nos miraba con un gesto de interrogación al que respondimos asintiendo con la cabeza.

La mesa se fue llenando de deliciosos platos a cada cual más irresistible, un verdadero alarde de color y sabor que abría el apetito más dormido; siguiendo su consejo me serví con cuidado las salsas (más o menos picantes), que nunca faltan en México, acompañando a cada plato y cuando me quise dar cuenta casi habíamos llegado a los postres.

-Bueno y ahora un pequeño paréntesis para que despejes nuestra curiosidad. ¿Qué hace una señora sola viajando por estos apartados lugares del México profundo?- me pregunta sin rodeos Juan. -Pues sabes- le repliqué inquieta con la cuestión y más todavía con la respuesta-, si te soy sincera, no lo tengo claro. En el fondo no tengo ni idea. Solo sé que hace dos años el viaje a Chipas me removió mucho por dentro, creo que es este el verbo que más se ajusta a lo sentido, y decidí volver, así de simple. Y además decidí volver para vivir como mínimo tres meses en San Cristóbal de las Casas, como una más. Sucede que me siento muy bien Chiapas desde que me levanto y me encuentro con las ardillas voladoras

del bosque hasta que me acuesto.

Hice una pausa.

-Sabes- le digo sorprendida yo misma de lo que estoy a punto de afirmar - creo que nunca me he sentido tan libre y con tantos deseos de saber y hacer todo lo imaginable como aquí; o quizás sí, pero ya no me acuerdo, debía de ser muy pequeñita- añadí riéndome-; y no pienses mal, que no van por ahí los tiros- aclaro a Juan que me lanzaba una mirada picarona, mientras me escuchaba atentamente por primera vez en toda la tarde, sin perderse ripio mientras Carlos me observaba intrigado-. Es como si me estuviera encontrando con lo máspreciado que tengo perdido en el fondo de un cajón lleno de mil cosas que se han ido quedando obsoletas o inservibles.

-Hay que ver el juego que te están dando las ardillas- dice Carlos sonriendo.

-Sí que me dan juego. Es increíble lo que disfruto viéndolas trepar cuando abro los ojos por la mañana, o cuando se sientan junto a mi puerta y me regalan una mirada veloz para saltar en grandes zancadas después y perderse entre las copas de los árboles.

-¿Y no podías haberte marchado- me pregunta Juan- a algún lugar hermoso y apartado de España y ahorrarte el viaje, sola -remarcando el adjetivo- a este lejano estado de México, aunque no hubiera ardillas?

Reflexiono mientras trato de explicarlo.

-No, no sé por qué, pero no existía otro lugar posible adónde ir. Sólo Chiapas; era "El Sitio" que me esperaba y al que necesitaba regresar, como si encontrarme con este lugar fuera algo similar a encontrarme conmigo misma; o como si entender esta región, desentrañarla, fuera como profundizar en mis contradicciones y aspectos que no tengo claros de mi persona.

-Entonces -dice Carlos-, quizás estabas deprimida y con ganas de huir de tu

realidad para encontrar una nueva y alejada donde evadirte de tus frustraciones. Si es así, el problema lo vas a tener a la vuelta.

-No, no estaba deprimida, quizás he estado cerca, como mucha gente, sin llegar a estarlo nunca; pero sí pasaba -me sorprende de pronto oírme hablar en pasado- una etapa triste, sin ideales, cargando con un fardo pesado, lleno de dudas y sueños rotos; y sí me sentía como un naufrago, una superviviente muy cansada y con desconcierto, por primera vez sin metas que inventarme y que creerme, sin saber bien por dónde tirar y si esto realmente importaba algo o a alguien; y es verdad que necesitaba urgentemente una atalaya desde donde pudiera verme y mirar vida sin interferencias; ahora la cuestión que me pregunto es por qué día a día los nubarrones se van despejando y entra luz por las rayitas que se ensanchan poco a poco

-Es posible -apunta Juan mirándome fijamente - que hayas entrado en sintonía con Chiapas-. Sí hombre-, le dice a Carlos, que le mira con cara de no entender nada-me refiero a eso que sentimos tú y yo, a la empatía que nos permite identificarnos el uno con el otro y entendernos, como le pasará a Teresa con algún amigo y amiga, sólo que en este caso la identificación es con un territorio: su espectacular naturaleza, el pueblo, la historia, las tradiciones..., que le ha permitido aprehender todo lo hermoso y reconocer con pesar sus aspectos más dolorosos y dramáticos. De este entrañable encuentro puede ser que se te haya abierto un caminito en tu tristeza directo al fondo de tí misma, de tu ser más genuino.

Sigue como si tal cosa y me deja atónita. Un poco brujo me estaba comenzando a parecer este Juan, me dio por pensar.

-Y capaz que por ahí se hayan abierto paso esas ganas de vivir, de luchar, de reír a carcajadas que jamás han conseguido aniquilarte. Tú eres una luchadora nata, un poco agotadora me parece intuir. Allí en

el fondo, estaban esperando poder salir. A lo mejor en España os estáis haciendo demasiado europeos y no os pasan ya estas cosas, no tenéis tiempo.

-Te veo inspirado Juanito - dice Carlos cariñoso y encantado con el argumento-. Si te entiendo bien, lo que dices tiene que ver también con mi paseo semanal por el Cañón del Sumidero, que no perdono, en barca o a pie por arriba, y con lo que siento cuando me pongo a pintar...

-Sí claro, tiene que ver con la mayoría de las cosas buenas de esta vida. También sucede con un buen libro, un poema y con la música. Claro que la identificación con toda una tierra como esta, con tantos elementos entrelazados con España y otros en cambio distintos, tiene que ser muy emocionante. ¿Verdad Teresa? me están dando ganas de irme una temporada a España para experimentar la aventura a la inversa.

Le escuchaba perpleja. Oír lo que me estaba sucediendo de una manera tan lúcida, en boca de una persona que apenas conocía me desconcertaba, pero lejos de intimidarme y desear cortar la conversación para salir corriendo, me agarré con mis manos muy fuerte a la silla y respiré hondo; miré alrededor y me dejé llevar de la espontaneidad que rezumaba por todas partes, ahondando en la herida. Sin pensarlo mucho dije:

-Sí, son estas las verdaderas emociones reparadoras, que serenar, revitalizan, las buenas guías; pero hay algo más: el caminito que abren, usando tu metáfora, es diferente en cada caso dependiendo del estado de ánimo y del contexto en que uno se encuentra. Quiero decir que las emociones que yo siento son personales e intransferibles, no podríais sentir las vosotros en ningún caso.

-Claro -responde Juan-, igual que las emociones que puede haber ante un cuadro o ante un poema: son siempre personales e intransferibles, pero admiten generalizaciones que casi todos podemos compartir ¿no?. A ver si te vas a poner en plan nacionalista, que

no te pega nada -dijce Juan mientras nos reímos de la ocurrencia a carcajadas.

-Sí y no: ojalá lo que yo estoy experimentando pudiera ser compartido por todos. Me refiero a los cambios que experimento en mi modo de ser, de sentir, de estar conmigo y con los otros.

-¿Adónde quieres ir a parar? - dice Juan. Todos hemos pasado por decepciones, frustraciones, golpes duros de la vida, la muerte de los padres, del amigo, del hermano, de la hermana... Todos nos hemos sentido perdidos y sin fuerzas. Si siempre son bienvenidas, en esos momentos críticos las experiencias de las que hablamos pueden ser decisivas para recuperar fuerzas, el ánimo y seguir adelante.

-Totalmente de acuerdo; lo que quiero decir además, es que en mi caso, por primera vez en sesenta años, creedme, estoy viviendo algo que me interesa sólo a mí, sin que nada coarte mis decisiones ni interfiera en mis deseos; y esta situación que para vosotros puede ser si no usual- tampoco vamos a exagerar- sí conocida, para mí es totalmente nueva. Por primera vez en sesenta años identifico lo que hago con lo que quiero y deseo; y por ende con lo que es prioritario, y no con aquello que tengo que hacer después de cumplir con todas las obligaciones añadidas a mi existencia-, desde que tengo "conciencia" de existir-, sin pedirme jamás permiso, oír de vez en cuando un "gracias" y sin ningún respeto hacia mi persona y mi tiempo. Por primera vez me pongo delante de

los demás, sabiendo quién soy, qué me interesa, y pensando humildemente, sin inseguridades añadidas y esfuerzos que te agotan y no vienen a cuento, lo que puedo ofrecer, con un "aquí estoy", como dicen en México, "para servirlos" -sin complejos-, cuando haga falta y siempre que esté en mi mano.

Y acabé emocionada:

-Una última cosa, tienes toda la razón cuando dices que me paso de luchadora. Es verdad, me "he pasado cuatro pueblos"; cogí impulso de pequeña y no ha habido quien me pare: y sí, por desgracia, muchas veces, sin poder medirme ni meter el freno, me he enfangado sin medir mis fuerzas en luchas imposibles, perdidas de antemano; y todo por ese impulso desenfrenado que me vino muy bien en su día, que conste, pero después había que saber domarlo y no supe. Fijaos, por fin ahora, un poco tarde - es lo que tiene la vida cuando pasa- veo claro que lo decisivo no es tanto luchar contra fuerzas telúricas, sino el ir siempre ganando en serenidad y confianza en una misma.

Regresé de Chiapas el verano pasado; y aquella conversación, aquellos sabores, miradas y sentimientos regresaron conmigo y conmigo quedarán para siempre.

